

Año XV
Edición en Español
18 de marzo de 2006

el **Semanario**

Publicación
gratuita

"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

de **Berazategui**

Entregado en mano - No arrojar en la vía pública

Número 650

TERCER MILENIO

Editado

por: **FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA** Asociación de Laicos Católicos

Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

ILDEFONSO Y LAS HUELLAS MILAGROSAS

Fue un santo varón, sabio y piadoso. Se llamaba Ildefonso. Desde muy niño se consagró al Señor, entrando para servirle en el Monasterio de Agalia, en las inmediaciones de la ciudad. Para ello no sólo pospuso todas las cosas mundanas, sino que, movido por alta inspiración, contrarió los deseos expresos de su padre, quien, aunque llegó a penetrar en el convento con gente armada, no pudo dar con su hijo, el cual, favor extraordinario del cielo, permaneció oculto y a salvo. El monasterio agaliense era una de las famosas escuelas monásticas de entonces. Ildefonso aprovechó sobresalientemente las enseñanzas de aquellos maestros y después marchó a Sevilla a fin de perfeccionar sus conocimientos al lado de San Isidoro, la más alta cumbre del saber de la época. Y, en verdad, el discípulo honró a sus maestros, porque *"era -según lo retrata un contemporáneo suyo- serio en la presencia, humilde, paciente, insuperable en la sabiduría, agudo en sus razonamientos y tan favorecido en las gracias de la elocuencia que, cuando hablaba, parecía que el mismo Dios hablaba por su boca"*. Recibió el sacerdocio de manos de San Eladio y, al morir otro bienaventurado, San Eugenio, tuvo que dejar la quietud monástica, donde había brillado como espejo de la comunidad y reformado las costumbres y normas de vida de los monjes, para ocupar el puesto de Arzobispo de Toledo.

Recibió singulares favores del cielo. Se hizo así patente y manifiesta a los ojos del mundo la santidad de la vida de Ildefonso.

UN MILAGRO ESPECIAL

Dos herejes, Helvidio y Joviniano, y un judío, habían escrito un libro lleno de bafemias contra la Virgen y, como respuesta viva y aplastante, surgió al calor del amor y veneración del Santo a la Madre de Dios, nació el tratado de "La Perpetua Virginitad de María Santísima". En él la inspiración y el celo de San Ildefonso rebosa de natural y verdadera elocuencia, donde armoniosamente se templan la dulzura con la fortaleza: rigidez como de acero para confundir al adversario, y fervor suave e inocente para publicar los títulos de la celestial Señora, que pocas veces han sonado más bellos en ninguna lengua humana. Y aun, impulsado por este amor y devoción a la Reina del Cielo y por el deseo de que

fuese honrada y venerada debidamente por el pueblo cristiano, trasladó la fiesta de la Anunciación celebrada, como ahora, en marzo, por ser tiempo de cuaresma (entonces muy rigurosa) a diciembre. Reformó, además, el oficio de aquel día, enriqueciéndolo con nuevos himnos y oraciones. Pero bien correspondió la "Gloriosa" al amor de su siervo. Todo Toledo acudió a la fiesta de la Virgen. El santo arzobispo entró en la iglesia seguido de su clero. Pero, al penetrar en el templo la comitiva, todos se quedaron atónitos y asombrados. Una luz vivísima los deslumbró de tal suerte que, dejando caer las antorchas, retrocedieron despavoridos. Quedó San Ildefonso rodeado de ángeles y resplandores. Una dulce armonía se escuchaba y un perfume suavísimo, de gloria, llenaba el ambiente. Y allí donde el santo prelado solía predicar al pueblo las glorias de María, apareció la Señora, radiante, hermosísima, sonriente. Traía en sus divinas manos un presente prodigioso: una maravillosa casulla de seda y oro, refulgente de perlas y finas pedrerías, hecha por manos angélicas en los talleres del Cielo... *"Bien has escrito de mí, Ildefonso -dijo la celestial Señora con voz incomparable-. Acércate, queridísimo siervo de Dios; recibe de mis manos este don que traigo para ti del tesoro de mi Hijo; úsalo sólo en el día de mi festividad. Y como siempre tuviste los ojos fijos en mí y el ánimo dispuesto a mi servicio, y me entregaste el voto de la virginidad, y con la dulce elocuencia de tus labios derramaste, en los corazones de los fieles, mis glorias y honores, adórnate ya en esta vida de la túnica de la gloria para alegrarte después en mi morada con los demás siervos"*.

Cayó en éxtasis San Ildefonso al recibir la sagrada casulla, sonó de nuevo la dulce armonía de las legiones angélicas y se esparció por los ámbitos de la basílica un suave humo de incienso, mientras los ojos de San Ildefonso permanecían clavados en el lugar donde había estado la Virgen, como queriendo retener la visión que desaparecía..."

En la Catedral de Toledo, en el hueco de un pilar, tras una reja pequeñita, hay una piedra de mármol desgastada a fuerza de tocarla. Cuantos pasan por allí, meten la mano por la reja, tocan la piedra devotamente y se besan la punta de los dedos, repitiendo estas palabras allí escritas:

-“Adoremos el lugar donde descansaron sus pies”. Es que, para eterno recuerdo de la visita memorable, Dios quiso que quedaran grabadas de manera sensible las huellas de su Madre Santísima, donde puso los pies. Nueve años y diez meses ocupó San Ildefonso el arzobispado de Toledo (657-667), irradiando desde la cátedra episcopal los tesoros de la sabiduría, virtud y santidad suyas. Influyó decisivamente en los acontecimientos políticos y eclesiásticos de la época. El púlpito desde donde predicó el santo obispo, que los pies de la Madre de Dios santificaron, fue tenido en respeto y veneración suma. Ninguno de los sucesores volvió a ocupar aquel lugar, ni a usar la casulla preciosa, reliquia celestial. En cierta ocasión llegó a la silla arzobispal un canónigo, “soberbio y de seso liviano”. Quiso igualar al santo en los honores, aunque no en las virtudes. Hizo traer la casulla celeste para celebrar con ella. Se la colocó, pero aunque la santa vestidura era amplia en exceso, tan pronto se la puso comenzó a achicarse, haciéndose tan angosta que le oprimía el cuello como dura cadena y murió asfixiado por su locura de pretender lo que no merecía. Así lo cuenta el famoso maestro Gonzalo de Berceo, quien pone al relato del milagro estupendo con el que la Virgen honró a San Ildefonso, el final de estas palabras: *Si a tal Madre servimos, buscamos nuestro provecho; honraremos los cuerpos, las almas salvaremos, por poco de servicio gran galardón ganaremos*”.



PARA RECORDAR EN ESTA SEMANA

MARZO

- S. 18** San Cirilo de Jerusalén.
D. 19 San Alemundo.
L. 20 San Martín de Dumio.
M. 21 San Nicolás de Flué.
Mi.22 Santa Catalina de Génova.
J. 23 San Victoriano y compañeros.
V. 24 Santa Catalina de Suecia.

○ ¡NO TUVE VALOR...! ○

Amado Jesús: Ayer durante la misa, por algún motivo, estuve observando a las personas mientras comulgaban. Muchos extendían sus manos para recibirte. Pero Señor, luego de comulgar, uno limpió la mano en que te recibí, pasándola por su camisa, otros bajaban la mano sin revisar si alguna partícula consagrada quedaba allí. Inevitablemente caes al piso una y otra vez. Inevitablemente los que vienen detrás te pisotean. Sin darse cuenta, pasan sobre tu cuerpo y te ultrajan. Sentí deseos de tomar el micrófono y hacerles comprender:

-¿Es que no ven lo que hacen? ¡Él está en cada partícula!

Pero no tuve valor. Me hubieran tomado por loco. Recordé aquel episodio en el que le preguntaron a la Madre Teresa cuál era el mayor mal de nuestro siglo. Muchos esperaron que dijera: “el aborto”, otros: “la pobreza”, otros “el divorcio”. Pero ella que tanto te amaba se limitó a decir: “La comunión en la mano”. No te amamos lo suficiente Señor para tomar riesgos por ti. Hablar de ti. Vivir por ti. A veces, lo reconozco, la comodidad nos impide seguirte y amarte más.

Por eso esta forma de comulgar, que no nos ha beneficiado en nada, se adopta para “ser como todos”, aunque nos arriesgamos mucho más a ofender tu presencia en la Eucaristía.

Al terminar la misa me acerqué al sacerdote y le conté.

-Por favor- le pedí- hábleles de los riesgos de la Comunión en la mano- Pero nada sucedió. Él también estaba cómodo así.

Señor, es lo que quisiera pedirle a tus sacerdotes: Que les recuerden a todos que estás allí, presente, Tú, el mismo que caminó y vivió en Nazaret. El mismo que sanó a tantos enfermos. Ahora estás aquí, presente en cada Hostia consagrada, en cada Iglesia, en el mundo entero. Y en cada partícula de hostia consagrada, por más pequeña que ésta sea. Eres y siempre serás Tú.

NOTA
138

KEMPIS

Imitación de Cristo

La "Imitación de Cristo", de Tomás de Kempis, es un libro de profunda espiritualidad, cuyo contenido ha elevado las almas de miles de cristianos. Su lectura y meditación nos llevará a cambiar nuestra vida según las leyes de Dios y alcanzar la verdadera felicidad.

¡Oh Dios, invisible creador del mundo, qué admirable es lo que haces con nosotros! ¡Cuán suave y misericordioso es lo que concedes a tus elegidos, a los cuales te entregas a ti mismo como alimento en el sacramento! Sacramento que trasciende toda inteligencia y que atrae, de modo particular, los corazones de los devotos e inflama su amor.

Porque los que verdaderamente te siguen con fidelidad, y enderezan toda su vida hacia la perfección espiritual, frecuentemente reciben de este excelso sacramento una mayor gracia de espíritu de piedad y un mayor amor hacia la virtud.

Gracia admirable y escondida la de este sacramento, que sólo conocen los fieles servidores de Cristo y que no pueden experimentar los que no tienen fe y los esclavos del pecado.

En este sacramento se infunde la gracia espiritual, el alma recobra la virtud perdida y retorna la inocencia que había sido desfigurada por el pecado.

A veces es tan abundante esta gracia que, por efecto de la plenitud de la piedad que se infunde, no sólo el espíritu, sino también el débil cuerpo siente que le fueron otorgadas fuerzas mayores.

Por encima de todo debemos deplorar y llorar nuestra tibieza y nuestra negligencia porque nos impiden que nos acerquemos con mayor devoción a recibir a Cristo, en quien reside toda la esperanza y todo el mérito de la salvación.

Él es nuestra santificación y nuestra redención; él es el consuelo de los peregrinos de este mundo y la eterna gloria de los santos.

Hay que deplorar mucho el poco caso que muchos hacen de este sacramento de salvación, alegría del cielo y sostén del mundo entero.

¡Qué ceguera y qué dureza la del corazón humano que no presta mayor atención a un don tan excelso o que, por gustarlo todos los días, llega hasta la indiferencia! Si este sacramento santísimo fuera celebrado solamente en un determinado lugar y por un solo sacerdote en todo el mundo, piensa qué gran deseo tendría toda la gente en acudir a aquel lugar y a aquel sacerdote, para verlo celebrar los divinos misterios.

Pero hoy son muchos los sacerdotes, y Cristo es inmolado en muchos lugares, para que, cuanto más se encuentre difundida en el mundo la sagrada comunión, tanto mayores aparezcan la gracia y el amor de Dios hacia la humanidad.

Continuará



RESUMEN:

Un sacerdote es aparentemente poseído y sus fieles buscan la forma de liberarlo.

Capítulo 38

-Usted debería buscarlo...- dijo con poco convencimiento el doctor mientras la presidenta de la Le-

gión de María asentía aceleradamente con la cabeza.

Ese reconocimiento de su poder y dignidad llenó de orgullo al joven sacerdote que se adelantó con un gesto salvador, destacándose como protector de la Comunidad, aunque en realidad sólo le preocupaba su prestigio y cómo salir bien parado de toda esta situación.

Dio unos pasos hacia el escondite y se arrodilló en medio de la claridad que el piso emitía. Lentamente quitó varias partes de la madera, dejando al descubierto un objeto envuelto en un grueso paño de terciopelo rojo. El brillo, a pesar de la pesada tela, era intenso e incomparable con luz alguna que nadie haya conocido jamás. Extendió sus manos y, al entrar en contacto con el envoltorio, la habitación quedó totalmente a oscuras. La luz que emanaba de la cruz bendita había desaparecido.

El abrupto cambio de circunstancias produjo un sobresalto en el sacerdote que dejó caer nuevamente en su escondite al preciado tesoro. Instantáneamente, la luz volvió a brillar en todo su esplendor, mostrando los rostros asombrados de los miembros del Consejo Pastoral que entendían claramente el mensaje: no eran esas manos las que debían tocar la cruz.

El sacerdote retrocedió lentamente, con la vista fija en el resplandor, refugiándose entre sus seguidores que disimulaban la incómoda situación, evitando mirarlo.

Ahora la vidente se adelantó sin vacilar, se puso de rodillas, cubrió su cabeza con su mantilla, como cuando asistía a la Misa diariamente, y se acercó al escondite. Todos contuvieron el aliento cuando sus manos se dirigieron al objeto escondido y lo tomaron con suavidad, delicadeza y respeto. Entonces la luz pareció aumentar en intensidad y blancura, mientras los miembros del grupo de oración se arrodillaban al unísono. Pasando entre ellos y la Comunidad, la vidente encabezó una improvisada procesión a la luz del misterioso objeto, desde el escondite hacia la habitación del párroco, seguida por todos los presentes en apretada fila. El silencio era imponente y la visión de tal escena semejaba una reunión en las catacumbas romanas de los primeros cristianos. En la habitación, el sueño seguía atrapando al sacerdote poseído.

Continuará

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



DOMINGO 23 DE ABRIL
Fiesta de la DIVINA MISERICORDIA “SANTUARIO DE JESÚS
RETIRO ESPIRITUAL y
REUNIÓN PARA ENFERMOS MISERICORDIOSO”

Visite el

Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui
Provincia de Buenos Aires
Horario de visitas y atención:
Todos los días de 9:00 a 11:00 y
de 14:00 a 16:00 hs

INFORMES:

DIRECCIÓN POSTAL:

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

WEBSITE: www.santuario.com.ar

E-MAIL: fundacion@santuario.com.ar

... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes **SOLEMNE PROCESIÓN** con la Imagen Milagrosa de “María Rosa Mystica”.

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA



Nota 53

El hombre y la mujer están hechos “el uno para el otro”: no que Dios los haya hecho “a medias” e “incompletos”; los ha creado para una comunión de personas, en la que cada uno puede ser “ayuda” para el otro porque son a la vez iguales en cuanto personas (“hueso de mis huesos...”) y complementarios en cuanto masculino y femenino. En el matrimonio, Dios los une de manera que, formando “una sola carne”, puedan transmitir la vida humana: “Sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra”. Al transmitir a sus descendientes la vida humana, el hombre y la mujer, como esposos y padres, cooperan de una manera única en la obra del Creador.

En el plan de Dios, el hombre y la mujer están llamados a “someter” la tierra como “administradores” de Dios. Esta soberanía no debe ser un dominio arbitrario y destructor. A imagen del Creador, “que ama todo lo que existe”, el hombre y la mujer son llamados a participar en la Providencia divina respecto a las otras cosas creadas. De ahí su responsabilidad frente al mundo que Dios les ha confiado.

IV EL HOMBRE EN EL PARAÍSO

El primer hombre fue no solamente creado bueno, sino también constituido en la amistad con su creador y en armonía consigo mismo y con la creación en torno a él; amistad y armonía tales que no serán supera-

das más que por la gloria de la nueva creación en Cristo.

La Iglesia, interpretando de manera auténtica el simbolismo del lenguaje

bíblico a la luz del Nuevo Testamento y de la Tradición, enseña que nuestros primeros padres Adán y Eva fueron constituidos en un estado “de santidad y de justicia original”. Esta gracia de la santidad original era una “participación de la vida divina”. Por la irradiación de esta gracia, todas las dimensiones de la vida del hombre estaban fortalecidas. Mientras permaneciese en la intimidad divina, el hombre no debía ni morir ni sufrir. La armonía interior de la persona humana, la armonía entre el hombre y la mujer, y, por último, la armonía entre la primera pareja y toda la creación constituía el estado llamado “justicia original”.

El “dominio” del mundo que Dios había concedido al hombre desde el comienzo, se realizaba ante todo dentro del hombre mismo como dominio de sí. El hombre estaba íntegro y ordenado en todo su ser por estar libre de la triple concupiscencia, que lo somete a los placeres de los sentidos, a la apatencia de los bienes terrenos y a la afirmación de sí contra los imperativos de la razón.



“...están hechos el uno para el otro...”

Continuará